

DANIEL COSIO VILLEGAS

PALABRAS DE LORENZO MEYER CON MOTIVO DEL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DON DANIEL COSIO VILLEGAS

10 DE MARZO DE 1978

Encontré a Don Daniel por primera vez hace 18 años. Yo deseaba ingresar a El Colegio de México y él era su presidente; tenía yo entonces 19 años y él 62. Nada me hizo sospechar en aquel momento que, con el correr del tiempo, Cosío Villegas y un grupo de personas en circunstancias similares a las mías nos encontraríamos entregados a un intercambio sistemático e ininterrumpido de ideas, e incluso a la elaboración y desarrollo de proyectos de investigación comunes. La diferencia generacional, así como otras muchas, no fueron obstáculo para que estableciéramos una buena relación con Don Daniel. Es verdad que en algunos círculos él tuvo fama de ser hombre de trato difícil; personalmente, nunca experimenté dificultad alguna en la relación y sí, en cambio, la rara sensación de estar tratando con un hombre cargado de años y de experiencias que mantenía el espíritu alerta, fresco, que no inhibía, ni mucho menos desinteresaba a gentes que, como yo, habíamos venido al mundo cuando él era ya un hombre maduro. Sus preocupaciones, sus objetivos, fueron hasta el final los de alguien plenamente entregado a lo que desde un principio había elegido como la tarea esencial de su vida, y sin que los años menguaran su pasión por llevarla a buen término: el velar como intelectual por la buena marcha del país en que le tocó vivir.

Durante mis años de estudiante, la imagen que me formé de Don Daniel era bastante elemental, la del historiador famoso conjugada con la del detentador de la autoridad última e inapelable dentro de la institución en que me estaba formando. Pasada esta etapa, y cuando la relación empezó a ser más frecuente, menos lejana, y ajena ya a las estructuras de la autoridad formal, no tardé en reemplazar la imagen original por otra, más compleja y más atractiva. El atractivo residía, básicamente, en la posibilidad de estar en contacto con un hombre de ideas que a lo largo de

su vida había sabido mantener una notable congruencia entre su posición intelectual y su acción. Ahora, a dos años de su desaparición, los elementos de esta imagen tienden a reducirse a sus rasgos esenciales y su atractivo aumenta. Y por lo que he podido comprobar esta experiencia no es sólo mía, sino que la compartimos muchos de los que entonces le conocimos.

Permítaseme ahondar algo en este punto. En cualquier circunstancia, la congruencia de un individuo entre lo que profesa y lo que hace, su capacidad para mantenerse fiel a sí mismo en contra del paso del tiempo y del cambio de las circunstancias, no es frecuente. Menos aún lo es en el caso específico de México y de su reducido mundo intelectual. Considero que se puede o no estar de acuerdo con la naturaleza de los análisis que sobre México — su pasado y su presente — hizo Cosío Villegas, pero es difícil negar que su autor mantuvo de principio a fin una conducta que no desmintió lo asentado por su pluma. Frente al poder, cuya naturaleza y ejercicio tanto fascinan al intelectual, Don Daniel no se aisló. No rehuyó su contacto, pero tampoco abandonó su camino para buscarlo, y al final mantuvo una prudente distancia. Lo estudió con la gran curiosidad del que trata de comprender sus alcances pero también, y a la vez, con la urgencia, la impaciencia y la ansiedad, de quien sabe bien que de la naturaleza de su ejercicio depende en gran medida la naturaleza y rumbo de nuestra vida colectiva.

Desde muy temprano eligió, entre otros, el papel de crítico de la marcha que tomaba el país en un intento por formar las nuevas bases sobre las que se asentarían las instituciones de la posrevolución. En 1923 dijo a sus alumnos al iniciar su curso sobre sociología mexicana: "Veremos todo críticamente: como dificultad, como problema, como escollo". Ya antes había señalado que no era en los aciertos donde debía fijarse la atención, sino en los errores, pues éstos tenían una terrible tendencia a convertirse en situaciones irreversibles en un país que difícilmente podía darse el lujo de malograr las oportunidades que una prolongada y costosa guerra civil le acababan de abrir. Al final, Don Daniel estaba convencido de que de todas maneras se habían cometido muchos erro-

23 DE JULIO DE 1898

10 DE MARZO DE 1976

res que en su momento fueron evitables, y así lo dijo.

El ejercicio de la crítica, sin embargo, nunca llegó a minar el optimismo básico de Cosío Villegas. Al menos, no le impidió ser también un constructor. Don Daniel inició su vida profesional en uno de esos raros momentos en que la historia parece ofrecer la posibilidad de iniciarlo todo, o casi todo, de nuevo. Los hombres con preparación, talento y decisión no abundaban entonces y Don Daniel, junto con un pequeño grupo de su generación, estuvo a la altura de las circunstancias; fue así como surgieron de su esfuerzo instituciones creadoras y difusoras del conocimiento especializado de las ciencias sociales. En ellas, él y sus sucesores prepararían y afinarían el instrumental para continuar la tarea definida desde un principio.

Tanto la validez de sus análisis, como la utilidad de las instituciones iniciadas por Cosío Villegas, sobreviven a su creador, lo cual no es frecuente. Pero hay algo más: en la imagen del crítico creador que fue Don Daniel, contamos con un ejemplo, situación nada desdeñable en este país, tan ayuno de modelos a seguir.

PALABRAS DE JOSE FUENTES MARES CON MOTIVO DEL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DON DANIEL COSIO VILLEGAS

10 DE MARZO DE 1978

Agradezco a mis amigos de El Colegio de México que me permitan desahogar algunas palabras que durante dos años llevo encerradas en el pecho. Durante dos años que han sido como dos días o como dos lustros, pues el tiempo cuenta poco en el recuerdo y menos todavía en la historia de quienes perduran como ejemplos. Qué más da que sean dos o diez los años corridos si aquí estamos jun-

tos quienes no renunciamos ni renunciaremos a la compañía de quien nos mostró cómo invertir la existencia con rendimientos inagotables, cómo vivir la vida sin traicionar la responsabilidad de la inteligencia.

Don Daniel fue para nosotros el sagaz descubridor de lozanas perspectivas para enjuiciar los hechos pasados y presentes. Muchos misterios mexicanos esperaron su voz para hacerse patentes, hechos que gracias a su lógica dejaron de ser las piezas sueltas de un rompecabezas para volverse conceptos vertebrales en la vida objetivada de la historia. En la vida como historia, o sea en la existencia que se orienta por el rumbo de los claros objetivos; en vidas que como la suya superan la muerte con el ejemplo.

Le recordamos hoy como si leuviésemos al lado en carne y hueso. Y aunque dolidos por su muerte, nos llenó de alegría su ocurrencia para enfrentarla con su genio displicente, con aquel su gesto tan natural de marcharse sin despedirse. Para su ardiente conciencia, ejercida cotidianamente sin dar ni pedir cuartel, habría sido penoso atestiguar el paulatino desmoronamiento de su Yo entrañable. Cuánto mejor que las cosas ocurrieran como ocurrieron, sin darse él cuenta: marcharse en la hora del éxito, cuando la primera cuarteadura no afectaba todavía la mole de su personalidad. De haber pendido su suerte de nuestro arbitrio se habría impuesto la emoción sobre la razón, y habríamos optado por conservarlo algunos años más. Pero ahora sabemos que es preferible que las cosas ocurrieran a su estífo, en conciencia plena de que nos dejaba la cuantiosa herencia de su juventud, de su alegría y vocación de servicio, de sus ojos inteligentes y su agresiva razón razonadora.

Nunca llegamos a despedirnos, y ahora sólo él sabrá si existe alguna posibilidad de vernos nuevamente. De momento sólo sabemos que hombres de su talla se van sin decir palabra, muy seguros de que nunca se marchan para siempre.